

Los enemigos de Josafat (2 Crónicas 20:1-30)

— Majestad — dice el mensajero —, vengo de parte del general en jefe de la guarnición del sudeste. Él le envía este comunicado urgente.

El mensajero le entrega un pliego al rey, quien ordena a su secretario que lo lea.

El mensaje es muy serio. Un gran ejército se ha preparado para invadir Judá. Es una coalición de tres reinos: Moab, Amón y Edom. El ejército enemigo ya ha llegado al territorio de Israel y se encuentra en En-gadi.

El rey empalidece. Es un hombre de mediana edad y durante toda su vida ha tratado de servir al Señor. Está rodeado de sus comandantes y generales.

— Excelencia — dice el de más alto rango —, de acuerdo con este informe nuestra situación es muy grave. Si bien nuestro ejército está bien entrenado, no tenemos suficiente poder para resistir este ataque. Comprenda que son tres ejércitos bien provisionados y bien preparados para el combate.

El rostro de Josafat que había empalidecido ha recobrado su color. Se levanta de su trono y con voz firme se dirige a los militares.

— Señores comandantes del ejército, vamos a pedir la dirección del Señor. Con él está la fortaleza y si es su voluntad podremos vencer. Sabemos que él nos puede dar la victoria.

Se convoca a todo el pueblo y se pregona ayuno en todo el país (**2 Cr 20:3**). Unos días después se reúne una enorme multitud en los alrededores del templo. Ha venido gente de todo Judá (**2 Cr 20:4**). El pueblo ha concurrido incluyendo sus pequeños, sus mujeres y sus hijos (**2 Cr 20:13**).

Un chiquillo le pregunta a su padre:

— Papá, ¿por qué mi mamita está llorando?

El progenitor, sin poder refrenar unas lágrimas, le responde:

— Vienen unos hombres malos que nos quieren matar, pero nosotros confiamos en el Señor de los Ejércitos.

— Papá — nuevamente pregunta el niño —, ¿Qué pasaría si el Señor no nos quisiera ayudar?

El padre aprieta suavemente la mano del pequeño y muestra una sonrisa en su rostro; luego, elevando los ojos al cielo dice:

— El Señor siempre nos ha ayudado y nunca nos ha fallado.

Mientras tanto, el rey se pone de pie delante de toda la congregación y con simplicidad casi infantil le explica al Señor la situación: *“A ti clamaremos en nuestra tribulación, y tú nos escucharás y librarás... No sabemos qué hacer, pero en ti ponemos nuestros ojos”* (**2 Cr 20:5,9,12**).

El mismo día delante de toda la congregación el levita Jahaziel se levanta y trae la respuesta del Señor.

Como un reguero de pólvora corre la pregunta entre la multitud: ¿Que será lo que va a decir el Señor?

Con voz firme el profeta dice: *“No temáis ni desmayéis delante de esta multitud tan grande, porque la batalla no será vuestra, sino de Dios”* (2 Cr 20:15).

Lo que sigue es la información militar “vía satélite” del desplazamiento de los ejércitos hostiles: *“Descended mañana contra ellos. He aquí que ellos subirán por la cuesta de Sis, y los encontraréis en el extremo del valle, frente al desierto de Jeruel. En esta ocasión vosotros no tendréis que luchar”* (2 Cr 20:16-17). Se ha dado la localización exacta de dónde va a estar el enemigo al día siguiente.

— ¿Qué está diciendo? — Cuestiona el rey —, ¿Me está diciendo que no tenemos que pelear?

— Así es Majestad, el Señor me ha revelado que tenemos que salir para ver la victoria. Él Señor dice: *“Deteneos, estaos quietos y ved la victoria que el Señor logrará para vosotros... ¡Salid mañana a su encuentro, y el Señor estará con vosotros!”* (2 Cr 20:17).

El rey responde:

— Pero todavía nuestro ejército no está listo. Necesitamos una semana más para prepararnos.

El “profeta” Jahaziel reitera:

— Salid mañana a su encuentro y el Señor estará con vosotros.

Ellos sabían que el enemigo venía, pero ignoraban por dónde se efectuaría la invasión. El profeta predice exactamente el lugar geográfico.

Al día siguiente, las tropas salen de la ciudad de Jerusalén. Se dirigen al desierto de Tecoa que está a 8 kilómetros al sur de Belén. Los distintos batallones de las diferentes ciudades de Judá se van uniendo. Mientras van saliendo al son de las trompetas y los aplausos de los miles y miles de concurrentes, el rey Josafat, de pie en la puerta de la muralla, los anima diciendo: *“¡Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros! ¡Creed a sus profetas y seréis prosperados!”* (2 Cr 20:20).

El mismo rey Josafat encabeza las tropas (2 Cr 20:27).

Sería algo muy interesante si pudiéramos observar desde un cerro muy alto (o por la cámara de un satélite) lo que sucedió aquel día. De un lado se encuentran los tres ejércitos invasores. Son decenas y decenas de miles de soldados. Del otro extremo se acerca otro ejército. Este parece mucho más pequeño. Si acercáramos nuestro lente teleobjetivo desde el satélite veríamos algo muy inusual.

El ejército de Judá está precedido por un grupo muy peculiar. ¡En vez de armas llevan instrumentos musicales! Los levitas cantan: *“¡Alabad al Señor porque para siempre es su misericordia!”* (Sal 136).

Del otro lado, los tres ejércitos se preparan para la batalla. La caballería con los carros de guerra iniciará el ataque. En el ala derecha está el ejército de Moab, en el ala izquierda el de Amón y al medio el de Seir (Edom). La infantería sigue detrás con sus lanzas y espadas.

El horizonte resplandece por el brillo de los escudos y las lanzas.

Enfrente, el ejército de Judá está pronto para pelear. El Señor les ha prometido que “van a ver la victoria”.

El rey Josafat da la orden de avanzar. Los que se dirigen no son los carros de guerra, ni la caballería. Los que presiden la marcha no tienen escudos, espadas ni lanzas. Tienen trompetas, cornetas y címbalos.

El rey encabeza las tropas delante de los músicos. Es como si vinieran de celebrar una victoria. El resto del ejército se pone en movimiento haciendo un ruido como de mil ferrocarriles enmohecidos que tratan de arrancar.

En vez de gritos de guerra se oyen alabanzas. Lo que empieza como un canto de los músicos se convierte en un inmenso coro. Todos los guerreros responden: *“porque para siempre es su misericordia”*. Los levitas cantan: *“Al que derrotó a grandes reyes”* (**Sal 136:17**) y los soldados como en un grupo coral gigante declaran al unísono: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”*.

Por fin, se aproximan a la cuesta de Sis. Desde el alto promontorio se ve algo inaudito. Súbitamente, el ejército de Moab que está del lado derecho gira 90 grados y se avalancha con toda furia sobre el ejército de Seir (Edom). Al mismo tiempo, los regimientos de Amón que están en el ala derecha giran 90 grados en sentido contrario y se lanzan con el ímpetu de un jabalí sobre sus “aliados” que están en el centro.

La escena es de una confusión increíble. Por todos lados se escuchan gritos: “¡Traición!”, gritan todos. “¡Mueran los amonitas!”, gritan unos. “¡Mueran los moabitas!”, dicen otros. “¡Mueran los traidores edomitas!”, gritan los demás. La lucha es sin cuartel. Los carros de guerra corren por el campo de batalla sembrando muerte a diestra y a siniestra. Miles de flechas cruzan el aire y encuentran sus objetivos que por centenares se desploman para no levantarse más.

Desde la elevada cima se observa un remolino humano gigante de soldados peleando cuerpo a cuerpo. Del otro lado, a la distancia, el ejército de Israel sigue avanzando. Los cantores repiten: *“Y nos rescató de nuestros enemigos...”*. ¡Mientras la gigantesca ola de voces responde: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”* (**Sal 136:24**).

Uno a uno los enemigos caen en el campo de batalla. Se escuchan los últimos quejidos de los heridos. Los cuervos en lo alto vuelan en círculos concéntricos. En la distancia, pero cada vez más cerca, se sigue oyendo: *“¡Porque para siempre es su misericordia!”*.

Josafat y su gente toman una enorme cantidad de riquezas, de vestidos y objetos preciosos. Por tres días juntan el botín, que es inmenso.

“Al cuarto día se congregaron en el valle de Beraca. Allí bendijeron al Señor” (**2 Cr 20:26**).

La caravana triunfal retorna a Jerusalén. Es como si en nuestros oídos sonaran las notas de la Marcha Triunfal de Aída (Verdi), pero en este caso no hay prisioneros. *“El Señor les había dado gozo sobre sus enemigos”* (**2 Cr 20:27**).

La historia bíblica y nosotros

La oración de Josafat es interesante, corta y hermosa. Se caracteriza por una serie de preguntas a Dios. Es como si Josafat tratara de hacer que el Señor recordara sus promesas y la razón por las cuales las hace. Esto nos revela a un hombre que tiene fe en su Dios.

Su primera interrogación está relacionada con la autoridad de Dios sobre el universo: *“¿No eres tú Dios sobre los cielos, que gobiernas sobre las naciones y que tienes en tu mano fuerza y poder, de modo que nadie puede resistir?”* (**2 Cr 20:6**).

Establece asimismo que Dios tiene fuerza y poder. No es una divinidad con poderes limitados como creen los países de alrededor. Su Dios es irresistible (**2 Cr 20:6**).

Luego se dirige a la historia (¡cómo si el Señor necesitara que nosotros le hagamos recordar!): *“Esta tierra ha sido dada por ti a nosotros mismos que somos la descendencia de tu amigo Abraham” (2 Cr 20:7).*

Continúa explicándole a Dios sobre el hecho de que hemos *“edificado allí un santuario a tu nombre” (2 Cr 20:8).*

La promesa en que se basa la petición es: *“Si el mal viniese sobre nosotros... nos presentaremos delante de este templo... A ti clamaremos... y tú nos escucharás y librarás” (2 Cr 20:9).*

De inmediato le expone a Dios la situación: *“los hijos de Amón, los de Moab y los de la región montañosa de Seir...” (2 Cr 20:10).*

Finalmente da el argumento definitivo: *“Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás tú? Porque nosotros no disponemos de fuerzas contra esta multitud tan grande que viene contra nosotros. No sabemos qué hacer, pero en ti ponemos nuestros ojos” (2 Cr 20:12).*

Josafat, en forma terminante, declara su debilidad e impotencia y el hecho de que no sabe qué hacer. Sin duda el rey tenía un buen ejército. Sabía que el enemigo era muy numeroso y quizá estaba mejor equipado. Por su experiencia con los sirios ha aprendido que Dios es el que controla los resultados y que aun sabe el futuro (2 Cr 18:16).

Termina la oración indicando su dependencia de Dios como su única esperanza.

En el pasado Josafat buscaba la guerra (2 Cr 18:3). Ahora la contienda le sale al encuentro: *“Deteneos, estaos quietos, y ved la victoria” (2 Cr 20:17).* Parecería que son tres etapas sucesivas. La primera es más simple. Deteneos. Sencillamente es dejar de avanzar o de moverse. La segunda requiere algo más profundo y es: estad quietos. Uno puede estar detenido y sin embargo estar agitado y moviéndose. El estar quieto nos recuerda a David esperando el movimiento de las copas de las balsameras (1 Cr 14:14-15). Requiere una posición de observación y atención cuidadosa. Por último, el ver la victoria puede implicar tener que esperar, pero el resultado final es seguro (2 Co 2:14).

Notas al margen

Los tres ejércitos se destruyeron entre ellos. Por supuesto fue la mano del Señor. Una posibilidad es que se confundieron y cada uno de ellos pensó que sus aliados eran sus enemigos.

Otra alternativa es que especularon acerca de todos los despojos que iban a obtener con una “victoria fácil”. Por lo tanto, decidieron eliminar a uno de los adversarios para tener más botín para repartir. Luego el proceso se reitera entre los dos grupos de supervivientes. Algunos han planteado la posibilidad que han intervenido seres angélicos.

A veces, al igual que Josafat sentimos que tenemos más de un enemigo. Son clásicos los tres adversarios del creyente que son la carne, el mundo y Satanás.

Sin embargo, también tenemos otros adversarios. A menudo los hacemos más grandes de lo que son, pero otras veces son realmente enormes. El adversario de la enfermedad crónica, de la soledad, de la carencia afectiva, de la dificultad económica. La lista sigue y parece que no se termina. Todos nos vamos a encontrar con algunos de esos enemigos.

El argumento que utiliza Josafat es que ellos son descendientes directos de *“tu amigo Abraham” (2 Cr 20:7).* Nos maravillamos de que el mismo Señor en forma condicional nos llama de la misma manera, amigos: *“Vosotros sois mis amigos, si hacéis los que yo os mando” (Jn 15:14).*

En-guedi está a unos 40 kilómetros (en línea recta) de Jerusalén. Es situada en la ribera oeste del mar Muerto.

El hecho de que hayan podido obtener tantas riquezas como botín es que muchos de los soldados mercenarios llevaban consigo todas sus posesiones.

Amón y Moab eran reinos ubicados al este del río Jordán y del mar Muerto. Edom estaba al sureste del mismo mar.

El líder que hay en mí

Josafat se nos presenta como el líder ejemplar. En el momento de crisis sabe lo que tiene que hacer.

A pesar de que como hombre tiene miedo, Josafat busca a Aquel que quita nuestros temores. Nunca en la historia de Judá un rey ha sido tan optimista alentando a sus fuerzas militares. Este no era un entusiasmo superficial y sin razón. El líder espiritual puede tener un optimismo real y contagioso cuando confía verdaderamente en la bendición del Señor.

El rey Josafat alienta personalmente a las tropas; luego que estas han salido, el rey se dirige al frente de las tropas para dirigir la “operación bélica”.

Todos saben que Josafat es muy valiente (**2 Cr 18:3**). El buen líder no deja que los subalternos hagan lo que él sabe que es su deber, aunque esto implique riesgo.

Observemos que ganaron la batalla sin lanzar una sola flecha. Sus espadas y lanzas no fueron utilizadas. No obtienen una de esas victorias en las que el brillo del triunfo está empañado por los miles de muertos. En esta contienda no hay que lamentar bajas.

¡No tuvieron una sola víctima de esa invasión que los aterrorizó! Josafat usó algunas innovaciones. En vez de colocar a los levitas (músicos) detrás del ejército los puso en la vanguardia.

Temas para el estudio en grupo

- Atributos de Dios que se observan en esta historia.
- Cuando Dios utiliza a un siervo casi desconocido.
- La oración de Josafat como una oración modelo. Compararla con lo que dice (**He 4:16**).
- La importancia de confiar en las promesas del Señor: “*¡Creed en el Señor vuestro Dios, y estaréis seguros! ¡Creed a sus profetas y seréis prosperados!*” (**2 Cr 20:20**). Comparar con (**Sal 19:11**) y (**2 Jn 1:8**).
- La importancia de la obediencia (**2 Cr 20:25-26**).

Preguntas para reflexionar

1. ¿Qué le dice Josafat a la multitud ante el eminente ataque del enemigo? (**2 Cr 20:9-12**).
2. ¿Cuáles son los atributos de Dios que se mencionan en la oración de Josafat?
3. ¿Qué dijo el levita Jahaziel? (**2 Cr 20:9,12**).

4. ¿Cuáles son las tres palabras clave en **(2 Cr 20:17)**.
5. ¿Cómo alienta Josafat a las tropas? **(2 Cr 20:20)**.
6. ¿Quiénes son los que van a la vanguardia del ejército de Josafat?
7. ¿Por qué se puede decir que Josafat, en esta historia, es el líder, ejemplar?